

Petare: La búsqueda

Matías Camuñas*

Hoy, lunes, 6 de marzo, se cumple una semana de la explosión popular. Aquel 27 de Febrero en Guarenas, el litoral, Petare, Catia, el 23 de Enero, Valencia, Barquisimeto... lunes de explosión en casi toda Venezuela, cuando el pueblo celebra la fiesta (¡qué explosión de rabia y júbilo!), la fiesta de verse que puede romper una cerradura y conseguir lo almacenado, aquello a lo que no tenía acceso, y cargar una res y pacas de arroz, de aceite, de café, cajas de mantequilla, pastas, comida, alimentos, sardinas, atún... azúcar, sal, comida y alimentos. Y cajas —infinitas cajas de cerveza, de ron, de bebidas, que hay que celebrar la fiesta. Son las mujeres, los niños, los hombres, es toda la familia... hormigas sincronizadas en grupos de vecinos. Primero los abastos que están a mano, las bodegas y las pequeñas tiendas. Después serán los comercios de Mesuca, el supermercado, las bombas, los negocios. Queda la frustración del Centro Comercial Palo Verde, el Cada... pero ahí no se puede pasar porque el Ejército es su guardián.

El Ejército. Cuando pase un tiempito y todos nos distanciamos en estos acontecimientos que estamos viviendo, cuando nuestro análisis pueda ser objetivo, estoy seguro que el ejército será juzgado como autor de centenares de muertes de hijos del pueblo. ¡Cuánta muerte ha traído el ejército, la guardia...! Muertes innecesarias, inútiles, absurdas muchas de ellas, que si bien ninguna muerte puede justificarse, la de los muchachos y muchachas, algunas niñas y niños de los barrios de Petare son muertes que claman al cielo, que claman justicia: La muerte de Santa, —hace unos años estuvo con nosotros en la catequesis— y en su casa recibe una bala asesina de las miles que disparan estos soldados nerviosos, inexpertos, robots de muerte y de FAL y después de una semana consciente en terapia intensiva, hoy nos encargan para que demos la noticia a la familia: ha muerto. Y Richard, 16 años, joven que había dedicado sus horas a la organización popular en la biblioteca de Maca... estaba en la casa, entran atropella-

damente, unos disparos y muerto el joven, excelente estudiante y yudoka. Y la escena llena de melancolía al compadre ante el cadáver de quien era su compañero de sancocho. Otra bala perdida y ahí mismo muere ante su extrañeza. Y Joel Antonio, sólo 14 años, los gritos de su madre: hijo no te asomes a la ventana que la muerte ronda el barrio. Una bala en la frente ha roto su vida y el corazón de la mamá. Rubén desafiaba al soldado apostado en el edificio y le descargaba la pistola cargada de rabia almacenada... recibió dos balas de FAL que le explotaron en la cabeza.

La muerte, el miedo, la desconfianza, los nervios, las carreras y sobresaltos, el ambiente cargado de sospechas y temores, lágrimas contenidas que lloran al caído en estos "combates" pareciera que sólo se hace en el silencio de la casa. Paredes aguantando los impactos de las balas a discreción, los años aguantando la rabia y el hambre, viendo cómo otros almacenan, especulan, roban y saquean al país, los dólares, el espacio, la prensa, el disfrute, la Carlota,... viendo cómo otros hablan y hablan de otra realidad, de otra Venezuela inventada a su imagen e intereses.

Aquella primera noche del 27 —y en otros lugares de Caracas a lo largo de todo el lunes— la noche del grito de explosión, de liberación, de que el pueblo hace oír su voz y su fuerza. ¿Quién detiene esa ira acumulada? ¿Quién se atreve a ponerle cauce? Ha surgido impetuoso, bravo, —venían diciendo que "el pueblo venezolano está bravo" y no lo creían ni ellos mismos— libre, sin dirigentes extraños, sin mordaza ni pactos.

Por unas largas horas, intensamente vividas, quedaron atrás tanta represión, tanto engaño y burla, tanto jueguito irresponsable de tomar en cuenta a la gente de la calle cada cinco años... Es la noche de apropiarse de la comida, mucho arroz, café, harina, aceite, piernas de res, panza, mantequillas, quesos, jamón... el primer movimiento es para la comida. Y las cajas de cerveza, de ron, vinos, de todas clases encontraron en almacenes Rori... Mientras va llegando el ejército y se da el toque de queda, se presenta a los ojos del pueblo la posibilidad de tener, de poseer: muebles, camas, calentadores, cauchos, correas de carro, lavadoras, planchas, cocinas...

Hay una borrachera colectiva y en estos momentos peligrosos que se ha perdido el temor y la noción del peligro. El ejército está disparando, la Policía Metropolitana ya no mantiene su primera actitud de pueblo solidario con los que están apropiándose de la comida... También está disparando. Es tan fuerte la sensación de caos que sólo se oyen, se sienten, se ven los disparos. Muchos disparos, ráfagas, los FAL y las metralletas y con frecuencia los tiros de las pistolas que provocan. ¿De dónde han sacado tantas municiones los malandros, que resisten en largo tiroteo contra los militares?

Los soldados están apostados en los edificios de Palo Verde, en las terrazas y no cesan de disparar. En la mañana del miércoles 1º de Marzo, cuando los compañeros han salido a visitar a vecinos asustados, a vecinos que lloran la pérdida de seres queridos o simplemente a consolar a propietarios de bodeguitas que en momentos han perdido todo... ese miércoles en la mañana vienen vecinos a buscar al sacerdote para que haga algo. "Están disparando demasiado —me comentan— y están matando a mucha gente". No tengo sotana. Me revisto el alba y la estola y salgo a la calle. Plomo cruzado. Desafiando la muerte, un grupo pequeño trae a su amigo y familiar muerto. Y lo dejan en medio de la vía. Tiene un disparo de FAL en la cabeza y otro en la espalda. Está recién abaleado, su sangre está fresca y le corre por el cuello. Cuando inicio las oraciones de misericordia llega otro grupo de personas con otro cadáver: un disparo en el corazón, en la mañana o en la noche anterior. Está frío y rígido el negrito muerto. Enseguida nos unimos en la plegaria al Dios de la vida, que presencia tanta muerte. Le pedimos que resguarde la vida de sus hijos, que acoja a todos los caídos, que nos ampare. Habían dejado de disparar cuando vieron las ropas del religioso, cuando vieron al sacerdote revestido para celebrar el sacrificio de los hijos del pueblo; pero, una vez que el grupo de vecinos y curiosos se ha visto crecido, han comenzado de nuevo los disparos. Los amigos que estaban misericordiosamente buscando nuevos cadáveres han de protegerse y abandonar el intento.

Hemos de subir al Centro Comercial de Palo Verde, donde se encuentra el co-

* El Padre Matías es Vicario Cooperador de la parroquia Sagrado Corazón, de Las Vegas, Petare

4. TESTIMONIOS

mando del ejército y sus mandos. Desde allí se imparte la orden de disparar y ahora son todos al tiempo que me piden que interceda ante quien da las órdenes. Revestido de la ropa litúrgica —es el culto a Dios en la calle ofreciendo la vida y la muerte— me encuentro ante una figura, pistola al cinto, vestido de civil, con un llamativo tic nervioso, pinta de enfermo, de mirada insegura y frágil. Me pregunto cómo es posible que un hombre así pueda asumir tanta responsabilidad. Y entendemos las muertes gratuitas, innecesarias, tantas muertes que llegaron por la ventana; traicionera y mortal, la muerte en el cerro indefenso.

Ese miércoles por la mañana, de tanto agite, de tanto dolor y llanto, de tanta muerte, ese día es que comienza lo que sería una larga búsqueda. Lograr que nos dijeran dónde habían puesto a los muchachos del grupo juvenil —ahijado incluido—. Van a detenerlo dentro del establecimiento del Centro Comercial. Manos atrás, a la nuca, primero al suelo, oírán los gritos de acusación: hampones, duro con ellos, llévanselos al Dorado, castigo a esos delincuentes ¡malandros!. Ha comenzado el largo calvario de humillaciones. Dejado en libertad el menor de edad, se han llevado a los tres jóvenes detenidos y acusados de saqueadores contra la propiedad privada. ¡Orden! ¡Mano dura! Serán llevados en los convoyes militares, a la prefectura, al Fuerte Tiuna, a la policía militar...

La búsqueda sin mucha confianza en lograr el objetivo: están suspendidas las garantías constitucionales, es la respuesta que se está palpando en el ambiente. Y a las 6 de la tarde, el toque de queda con las ráfagas de metralletas, disparos de FAL... Cada mañana, muy temprano, la prensa nos trae la larga lista de tragedia y temor, se habla de un comité pro desaparecidos. Acompaño al compadre, me reúno con la familia de los muchachos. Va pasando el tiempo, va creciendo la ansiedad. Lo peor es que no nos dicen dónde se los llevaron. Visitamos el Fuerte Tiuna. Los fusiles de los soldaditos, amenazantes, no nos dejan ni hablar. "Hay orden de no informar", repiten sin cesar. Las familias de los muchachos recorren las prefecturas, la Zona 7 de la Comandancia de la Policía, la sede la P.T.J. en el Llanito, vuelven al Fuerte Tiuna, hay quien se acerca al Poliedro... Estamos buscando desesperadamente. Desde el miércoles en la mañana... Viernes en la noche. He llamado a distintas personas pidiendo ayuda: al Dr. José Vicente, que se comunica con el Ministro del Interior; con Mons. Ramírez, capellán castrense

general de las FF.AA, hablé con algunos diputados, con la emisora de radio Fe y Alegría, con periodistas de El Nacional, Tribuna Popular, el Diario de Caracas. Me puse en contacto con la Universidad, con el Rector, con los sacerdotes de la parroquia universitaria, con Luto Activo. Y no quise hacer caso a los que me recomendaban llamar a la morgue.

A cada amigo que llamaba o venía a visitarme le hablaba de mi preocupación y de mi búsqueda. Las vivencias de los desaparecidos y los familiares, la situación de Argentina, el Chile de Pinochet, la ausencia de razón y lógica, la imposición de la fuerza y de las armas de muerte... ha ido creando una sensación enfermiza que me está enfermando a mí también. Me siento nervioso, tenso, crispado. El teléfono que pierde la línea o las continuas llamadas, la presencia de la familia de los muchachos esperando una respuesta a la búsqueda, las horas que van pasando, los disparos de cualquier hora... ¡Larga búsqueda!

¡El Sr. Cardenal! En la tarde del sábado le visito acompañado de Luis Ugalde y Arturo Sosa. Muy interesado se muestra el Arzobispo de Caracas, anota los nombres y partiendo de la situación que le presentamos, vemos la necesidad de que a nivel de la Iglesia Jerárquica se nombre un representante oficial para que pueda dirigirse a los altos mandos gubernamentales y militares para recabar información de tantos detenidos y desaparecidos. Esa misma tarde el P. Arturo Sosa será nombrado comisionado del Sr. Cardenal.

En la noche recibo el resultado de su gestión: están detenidos en la policía militar de San Martín y según el general del regimiento, acusados de saqueadores. La Ley de Vagos y Maleantes —sobre todo en estos días— es un peligro que amenaza a

los muchachos. No hay información sólo rumores. Se comenta de los envíos que harán a El Dorado, de los días que estarán detenidos... Hasta las 10 de la noche no logro comunicarme con el Coronel. "Mire, padre, le mando a sus muchachos porque en estos momentos me están llamando de tres sitios distintos preguntando por estos jóvenes y le paso sin más a la diputada". Hoy todavía no sé quién le informó a la Dra. Lesli Páez de la fracción de la Causa R, sobre la detención de los muchachos. Lo cierto es que a esa hora, pasadas las 10 de la noche, allí estaba. Toque de queda. Como miembro del Congreso Nacional tiene un salvoconducto y se los lleva a su casa. "¿Le parece bien, padre?". "Me parece excelente, diputada", le respondo. Acaba de terminar la búsqueda, y nos invade un profundo alivio.

Después vendrá la conversación, los detalles, todos los pormenores de estos largos cuatro días. Tan sólo al principio recibieron los planazos de rigor. Miércoles y jueves estuvieron "alimentados" con un vaso de avena ("agua clara"); el viernes, otro vaso de avena que alguno de ellos ya no quiere y a la hora del almuerzo un caldito. Agua no van a tomar mucha. Además de no tener acceso a ella, tampoco lo intentan. De esa forma se evitan ir al baño con frecuencia, cosa que no está permitida si no es una vez al día.

Las horas de esos días sin sentido las pasarán en el patio o en un salón, siempre en el suelo, no hay cobijas, no hay horario, sólo esperar y esperar sin saber qué. Todo el sábado va a estar lloviznando. En el patio, sin moverse, manos a la nuca y a callar, que enfrente está un oficial que en sus palabras se siente más hombre y más militar "cuando está jodiendo a los detenidos". Esa llovizna que después de horas termina empapando los huesos... "Prefiero tres re-



clutas", me dirá uno de ellos, con experiencia de haber sido llevado a Pan de Azúcar reclutado. Aquí algunos jóvenes entre la esperanza de que los soltarían, entre la angustia de que pasaban los días... les confesaban a los más cercanos: "prefiero que me maten".

Mientras, la familia ha respirado tranquila. Ahora viene la descarga, las preguntas, los regaños o el silencio indicativo de que algo no estuvo bien. Se multiplican las noticias, aumenta el número de muertos. Los familiares de Nuria han sido liberados. Los hermanos llenos de "moraos" por los golpes. Con el padrastro se ensañaron tanto que está orinando sangre. Le golpearon en los riñones y el costado, en la cara, en las piernas, en todo el cuerpo y... ¿por qué? ¡Fue todo tan rápido!. Entró la Guardia a su rancho, los encontró reunidos al padre con los hijos, y los acusó de saqueadores, atracadores, ladrones... No hubo tiempo para la respuesta. Ahí mismo llegaron los primeros golpes mientras que se los llevaban detenidos. Al día siguiente saldrían los dos jóvenes, después de haber limpiado las botas y zapatos de todos los militares del regimiento. Fueron golpeados, fueron injuriados y humillados. Los muchachos son estudiantes de 8º grado, apenas si tienen 16 años. El papá quedará detenido, será robado por los mismos guardias y va a necesitar una cura médica. Me dicen que está lleno de rabia y coraje, que quiere denunciar, protes-

tar, pero denunciar ¿a quién?; protestar, ¿ante quién? (Están suspendidas las garantías constitucionales).

Externamente todo va volviendo a la normalidad. Pero el país, la gente, la vida, ya no es lo mismo. La revuelta del 27 de Febrero ha cambiado muchas cosas. ¿Será verdad que han lanzado cadáveres al Guaire? Vecinos del edificio Ararat nos confesaron que ellos vieron cómo en la Prefectura morían personas a consecuencia de los golpes, de los disparos y que los llevaban al Guaire. Allá los tiraban. La misma versión que nos ha llegado por un conocido funcionario policial: "Estábamos como borrachos y no sabíamos qué hacer con tantos muertos. Al Guaire con ellos". Y en la calle Agricultura, cerca de la Redoma de Petare, "no se podía pasar de todos los muertos que había por la vía".

No han sido devueltas las garantías. Vamos tomando nota, anotamos y sabemos que es obligación nuestra narrar lo que hemos visto y vivido. Es un deber sagrado presentar los acontecimientos para que sean leídos desde sus entrañas. La comunidad de Jesuitas de la Vega. Luis Ugalde, Jean Pierre Wyssenbach, Javier Duplá y dos seminaristas han sido detenidos. Su casa fue allanada. Iban buscando armas y una imprenta clandestina. A las 12 de la noche, llevados al Paraíso y a la DIM, Boleíta. Con la policía política-militar. "U-nos peligrosos subversivos". El pueblo de La Vega, el barrio, los hermanos jesuitas

—todos como una peña— los amigos, desde Petare, de todos los que nos sentimos compañeros y hermanos de camino, enseguida nos hicimos presentes enviando nuestra solidaridad y nuestra fe en estos hermanos, calumniados y perseguidos. Se nos dice de varias fuentes que nos cuidemos. Personalmente hablé por Radio Fe y Alegría en el momento que tenía delante de mí dos cadáveres, asesinados por las balas de los militares. Ahora hemos de ir recogiendo tantos destrozos, sin olvidar resaltar y valorar las manifestaciones de fuerza popular, de voz de Dios, de testimonio de vida que a lo largo de estos días el pueblo ha hecho sentir.

Se está recogiendo una plata entre los vecinos del barrio para hacer una misa por los caídos, especialmente por los muertos en el "cañaote" que sube a Mesuca, porque allí hay todavía abaleados que no se recogieron, y sus ánimas están en pena. En las noches se han aparecido a algunos vecinos. En la torre de la iglesia, junto a la cruz, once impactos de FAL. Testigos mudos de la muerte que nos rondó.

**En las dudas de lo dialéctico,
en la confianza de estar con el pueblo,
de vivir los momentos decisivos
de este nuevo pueblo,
en la seguridad de que el Señor
se ha manifestado en La Revuelta,
seguimos en camino
y en búsqueda.**

Una enfermera en el Hospital Pérez de León Lupe Lecumberri

28 de Febrero. Voy a mi trabajo. En el corto trayecto recorrido caminando siento algo extraño. Mucha gente caminando, sucias las calles. ¿No habrá transporte? ¿Algún problema con el pasaje? Pues el día anterior se rumoraba que lo habían aumentado en forma exagerada.

Son las 6.30 a.m. cuando llego a mi trabajo. Se comenta el largo trabajo que el personal médico y paramédico han tenido toda la noche. Termina una operación y había que comenzar la siguiente. Ocupo mi puesto de trabajo y las sirenas de ambulancia las oímos insistentemente. Alarman. La curiosidad no se hace esperar. Llega un herido muy grave. Heridos de bala. Petra, la compañera es quien recoge la ropa llorando desconsolada porque el herido es el hijo de Juana, la vecina. "Es el hijo de mi compañera", exclama llorando.

Las horas siguientes: ambulancias, camionetas, heridos, graves y muy graves. Es el parte. Todos, todos coinciden: Una bala en la cabeza o el pecho.

Los médicos, enfermeras, auxiliares... no nos damos abasto. No vemos el fin del trabajo porque siguen llegando heridos. Carmen estaba en su casa, en el barrio San José de la Urbi-

na, allí le llegó la bala que la hirió de muerte. Sus dos hijos la han traído al Hospital. Ha muerto su madre. La rabia y el llanto se mezclan en la acusación de "un gobierno que mató a su madre".

Van llegando los grupos de ayuda: Defensa Civil, Bomberos... van en ayuda ante tanta emergencia. También llegó un camión de colchonetas. No son suficientes las que tiene el Hospital para tantos heridos. Una vez más el Hospital "Pérez de León" está siendo la respuesta a la problemática petareña.

Continúa el día. Ha llegado la tarde y la noche y los heridos y muertos nos van "invadiendo". A esas horas nadie puede descansar, ni comer. Es trabajo de extrema emergencia. El camillero, el mecánico, cualquier persona, todos ayudan a tener el frasco de suero, a llevar al herido a Rayos X, a esperar la cola a otro servicio, todo el personal siente que tiene que ayudar. Hoy nadie se resiste. Hay que atender a los heridos de bala, a los que están muriendo. Y no hay que olvidar a los familiares que sufren crisis nerviosas, que impotentes ven cómo a su gente les ha llegado la muerte, de la manera más incomprensible.